

Del imperialismo a la mundialización

Georges Labica

Profesor. Universidad de París X, Nanterre.

El imperialismo, fase superior del capitalismo. Ensayo de vulgarización, que se publicó en 1917, se escribió en Zurich —nos dice Lenin— en la primavera de 1916, y respondía a una necesidad urgente. Había que discernir la naturaleza de la guerra mundial que se desarrollaba, para caracterizarla y poder definir la posición de los socialistas sobre ella. La guerra correspondía a la nueva fase imperialista a la que había llegado el capitalismo y sus condiciones objetivas representan «el preludio de la revolución socialista». Esa es la tesis que se defiende. Económica, puesto que afirma que el imperialismo es consecuencia del desarrollo del capitalismo y no una «política» que pudiera resultar contingente, y a la par política, puesto que denuncia el social-chauvinismo que no traiciona únicamente al socialismo, sino que se revela incapaz, al aliarse con la burguesía, de entender que la guerra puede ofrecer al proletariado una ocasión para triunfar.

Este texto figura como «Introducción» a la reedición de *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, de V. I. Lenin (Le temps des cerises, París, mayo de 2001). Fue enviado por el autor especialmente para su publicación en español en *Temas*.

El análisis rechaza cualquier idea de neutralidad. Por el contrario, diagnostica una «escisión del socialismo» al oponer las corrientes reformistas simbolizadas en la eminente figura de Karl Kautsky, líder de la socialdemocracia alemana y heredero de Engels, la corriente revolucionaria, cuya intransigencia —a pesar de algunos desaciertos— representa Rosa Luxemburgo. La teoría del imperialismo forma el punto de articulación de una lucha multiforme, ideológica y estratégica que culminaría con la Revolución de Octubre. Vale decir que apoya todas las intervenciones de Lenin, ya sea sobre la especificidad de las guerras, la cuestión nacional o el derecho de las naciones a disponer de sí mismas, las condiciones de la revolución socialista y la «democracia integral», o sobre los «dos partidos» que dividen al mundo, y el internacionalismo. «Huelga decir que no se trata de brindar una apreciación histórica concreta sobre la actual guerra si no se la calza con un esclarecimiento completo de la naturaleza del imperialismo en sus aspectos a la vez económico y político». György Lukács fue el primero que, en 1924, señaló:

La superioridad de Lenin consiste en esto: haber sabido — lo cual constituye una hazaña teórica sin paralelo— vincular concreta y enteramente la teoría económica del imperialismo con todos los problemas políticos de la actualidad, y hacer del contenido de la economía, en esta nueva fase, el hilo conductor de todas las acciones concretas en el mundo organizado de ese modo.

La modestia del subtítulo de la obra: «Ensayo de divulgación» no debe hacernos olvidar el enorme trabajo preparatorio realizado por Lenin, consignado en los *Cuadernos del imperialismo*, a los que dedicó las 900 páginas del tomo 39 de las *Obras*, que cubren solo el periodo 1915-1916. Esos cuadernos de notas, numerados de alfa a omega, se completan con algunos cuadernos temáticos —por ejemplo, *El marxismo y el imperialismo* o *Datos sobre Persia y Notas varias*, que incluyen extractos comentados de unas 150 obras publicadas y 240 artículos aparecidos en 49 periódicos distintos, en alemán, francés, inglés y ruso, así como amplias listas bibliográficas establecidas, sobre todo a partir de los fondos de la biblioteca de Zurich, donde Lenin residía por entonces.

En varias ocasiones trabajó allí los proyectos respectivos de *El imperialismo, fase superior...*, *El imperialismo y el derecho de las naciones...* y *El imperialismo y la escisión del socialismo*. Despeja todo lo que tiene que ver con los *trusts* (electricidad, petróleo, carbón, hierro, cine...), las pugnas por la hegemonía, los bancos, los diversos imperialismos, el sistema colonial. Concede particular atención a las dos obras que son sus fuentes principales: *El imperialismo* de J. A. Hobson, publicada en Londres en 1902, a la que en el Cuaderno kappa dedica mayor espacio. Destaca, en particular, ejemplos del «parasitismo» —el de Inglaterra, que obligaba a los nativos, en la India, a hacer la guerra. Consigna que el Estado dominante se dedica a corromper a las clases inferiores para que se mantengan tranquilas o que las «razas blancas» se desentiendan del trabajo y se «comporten como una aristocracia mundial para explotar a aquellas», o señala que «el odio puede despertarse». Observa que el capital logra más rápidamente su colaboración internacional que los trabajadores; que el imperialismo se vale de su superioridad para impedir el desarrollo de los países dominados; o que logra una carta de triunfo en las desigualdades entre países. Pero el libro que le resulta más cercano y al que más debe es *El capital financiero* del marxista Rudolph Hilferding, publicado en Moscú en 1912. Se remite a él constantemente. Si bien concuerda, en especial, con sus grandes enseñanzas —como cuando señala que «la respuesta del proletariado a la política económica del capital financiero no puede ser la libertad del comercio, sino solamente el socialismo—, no por ello deja de subrayar sus «defectos», que rectificará en su propio *Imperialismo...*; a saber, el error teórico sobre

el dinero; el desconocimiento, casi total, del reparto del mundo; el desconocimiento también de la correlación entre el capitalismo financiero y el parasitismo; y el de imperialismo con oportunismo. Sobre su preocupación central, el imperialismo, Lenin retoma determinados escritos de Marx y Engels sobre Europa, Rusia, el problema nacional, el internacionalismo, la Comuna o Irlanda. Por supuesto, entre los textos de los marxistas que disecciona, reserva un lugar aparte a Kautsky, y prepara el proyecto de folleto que le piensa dedicar. Hobson —dice— le allana el camino al develar «la falacia fundamental del kautskismo» sobre la cuestión del imperialismo. Kautsky comete un doble error. Por una parte, piensa que se puede oponer al saqueo de los monopolios bancarios y a la opresión colonial, un capitalismo «sano, pacífico» o, en otras palabras, «un reformismo pequeño-burgués, para un capitalismo impoluto, bien alimentado, moderado y ordenado», que ya no vería entonces en el imperialismo un estadio económico. Por otra, con su tesis sobre el ultra-imperialismo, alimenta la ilusión de un futuro pacífico, gracias a la unión de los capitalistas.

Limitémonos aquí a señalar la ejemplaridad del método de trabajo de Lenin. No se aparta en lo más mínimo del que siguió, años atrás, cuando preparaba su folleto *El Estado y la revolución*. Escribía yo sobre eso:

Actividad práctica: lucha contra la guerra en las conferencias de Zimmerwald y de Kienthal. Actividad teórica: tesis sobre el derecho de las naciones a disponer de sí mismas, sobre el socialismo y la guerra, el fracaso de la Segunda Internacional, el imperialismo fase superior del capitalismo. Actividad pública y actividad de gabinete; ese militante, ese ratón de biblioteca, que emborriona cuaderno tras cuaderno de notas de lectura [...] Análisis concreto de la situación concreta; mientras que aquí, la práctica política leninista forja los instrumentos científicos de una transformación del mundo en la que siempre estamos —en el sentido más estricto, aparte del ruido de otras armas—, desenmascara la violencia inherente a las relaciones capitalistas de producción, que arrastra al propio movimiento obrero y provoca la ceguera de nuestras mejores cabezas.

Esta era ya la lección de *El Capital*. Una precisión, para evitar un malentendido que se ha vuelto clásico: el término «superior» en el título de la obra de Lenin, no debe interpretarse como «final» o «último» en un sentido, digamos, ontológico; es decir, la fase tras la cual no cabe esperar otro desarrollo. Significa, simplemente, «contemporáneo» o «actual». El propio autor lo ha precisado en múltiples ocasiones. Cuando proponía su título escribió: «El imperialismo, fase superior (contemporánea) del capitalismo» (Cuaderno beta, p. 206). Dice, por demás, «actual (contemporáneo en su etapa contemporánea)». Retoma, de hecho, el subtítulo de *El capital financiero*: «la fase más reciente del desarrollo del capitalismo».

Veremos que en este sentido la mundialización puede considerarse tanto parte de la fase imperialista como representativa de una nueva expresión. Lenin, en un espíritu análogo, evocó el «nuevo imperialismo» para caracterizar el período que analiza, cuando reproduce la frase de Hobson: «El nuevo imperialismo se distingue del viejo, primero, en que reemplaza las tendencias de un único imperio en expansión, la teoría y la práctica de imperios rivales guiados cada uno por idénticas aspiraciones a la expansión política y al beneficio comercial; segundo, en que marca el predominio de intereses financieros o relativos a las inversiones de capitales», y añade una nota que dice: «diferencia entre el nuevo imperialismo y el viejo». Ofrece su cronología, siguiendo esta vez el libro de E. Ulbricht, *Potencia mundial y Estado nacional (Historia política 1500-1815)*: el viejo imperialismo fallecería en Santa Helena con Napoleón, y el nuevo correspondería a la fundación por Gran Bretaña de un nuevo imperio mundial, que arrastra a las demás naciones y conduce a la competencia económica con los demás pueblos. ¿Cuáles son los rasgos más sobresalientes del imperialismo según Lenin? El cuadro más explícito aparece en *El imperialismo y la escisión del socialismo*, y puede servir de pauta para la lectura de los demás textos. A renglón seguido reproducimos lo esencial:

1. El imperialismo es una fase histórica particular del capitalismo, la fase del capital monopolista que se expresa a través de cinco etapas principales:
 - a) *Cartels*, sindicatos (patronales), *trusts*, que son productos de la concentración de la producción.
 - b) Los grandes bancos.
 - c) El acaparamiento por los *trusts* y la oligarquía financiera de las fuentes de materias primas. Nota: capital financiero = capital industrial monopolizado + capital bancario.
 - d) El reparto económico del mundo por los *cartels* internacionales. Nota: la exportación de capitales ha emplazado a la de mercancías, característica del capitalismo no monopolista.
 - e) El reparto territorial del mundo (colonias) ha terminado. Añadamos que, históricamente, el imperialismo terminó de constituirse entre 1898 y 1914 (referencias: Guerra hispano-americana de 1898, anglo-boer de 1899-1902 y 1914, ruso-japonesa de 1904-1905, crisis económica europea de 1900).
2. El imperialismo es un capitalismo parasitario o en proceso de descomposición. Nota: esos términos, diferentes de los primeros en el sentido de que parecen expresar un juicio de valor, son sin embargo también económicos, pero ya dejan traslucir una consecuencia política del análisis. Tenemos:
 - a) Una burguesía imperialista. A pesar del desarrollo muchas veces rápido de determinadas ramas de la industria, está en proceso de descomposición porque se ha convertido de republicana y democrática (en el capitalismo de libre competencia) en reaccionaria.
 - b) Formación de una amplia capa de rentistas que vive de «recortar cupones».
 - c) Exportación de capitales, que es «parasitismo al cuadrado».
 - d) La reacción política es lo característico del imperialismo, es principio de venialidad, de corrupción, y producto de «Panamás de toda especie».
 - e) Explotación de las naciones oprimidas: el mundo «civilizado» vive como parásito del mundo no civilizado. Nota: lo cual también es cierto para una capa privilegiada del proletariado en Europa.
3. El imperialismo es un capitalismo agonizante que marca la transición hacia el socialismo, a causa de la socialización del trabajo, que se acentúa todavía más que bajo el capitalismo. Retengamos algunos rasgos más:
 - a) El imperialismo es un producto necesario del desarrollo del capitalismo. Tenemos: capitalismo = libre competencia = democracia. Imperialismo = monopolismo = reacción. Observemos la vinculación íntima de dos planos: económico (condición de las fuerzas productivas) y político (naturaleza de las relaciones sociales) que, a ese efecto, pone de manifiesto que entre el imperialismo y la democracia existe contradicción. El propio Lenin extrae una consecuencia: «separar —escribe— la política exterior de la política interna es anticientífico, porque, en cada caso, el imperialismo consagra el triunfo de la reacción».
 - b) «El imperialismo es una superestructura del capitalismo». Encontramos esta formulación que utiliza Lenin en el «Informe al programa del Partido» (19 de marzo de 1919). Este es el sentido de la demostración: retomando el juicio de Marx cuando declaraba que la manufactura era una superestructura de la pequeña producción masiva (*El capital*, t. I) enuncia tres propuestas: 1. no hay imperialismo en el viejo capitalismo; 2. con el desmoronamiento del imperialismo «los fundamentos se quedan en uno»; 3. en consecuencia, hay que tener en cuenta «un enorme subsuelo del viejo capitalismo». El propio Lenin se dedicó a demostrarlo, en el caso de Rusia, desde su obra *Desarrollo del capitalismo en Rusia*, y cuando analizaba la imbricación de los diferentes

modos de producción como rasgo de la estructura económica del país. Por su parte, el término «superestructura» viene a especificar la naturaleza del imperialismo que, como señalaba Henri Lefebvre, «es a la par que una forma del capitalismo (elemento económico), una forma de la actividad clasista de la burguesía (elemento social), y una forma de Estado (elemento político) como un todo inseparable». No vamos a tratar aquí, porque sería objeto de otra reflexión, los incontables debates que tuvieron lugar por aquella época en torno a los rasgos del imperialismo y su definición. Entre los propios marxistas, no faltaron las divergencias, incluidas las que se manifestaron en el seno de «la izquierda»: con Bujarin, a quien Lenin trata duramente, si bien accedió a escribir el prefacio de su folleto; con Rosa Luxemburgo, en su *Acumulación del capital*, aunque fuese de manera indirecta; o con A. Pannekoek, quien «plantea mal el problema del reformismo».

Mejor preguntémosnos sobre la actualidad de las tesis leninistas sin caer en la afectación de posponer una respuesta que el lector debe haber presentado a estas alturas: nuestra mundialización/globalización no es sino el «nuevo imperialismo» de Lenin, que ha llegado a una fase superior de desarrollo. Aunque no agrade a los despreciativos posmodernos, siempre presurosos de calificar de prehistórico cualquier lenguaje que refleje su propia sumisión al orden dominante, hay que convenir en que hay vocablos cuya capacidad de captar lo real no ha perdido nada de su eficacia. Imperialismo es uno de ellos, y sigue gobernando una constelación conceptual en la que, por lo demás, capitalismo, explotación, propiedad, clases y lucha de clases, democracia social, transición revolucionaria, conservan su sentido cabal. No faltan analogías y similitudes que traducen una misma esencia. Junto a las que ya hemos señalado, vamos a presentar algunas nuevas. Los candentes debates actuales en torno a la definición y la periodización de la mundialización recuerdan los argumentos que, a principios del siglo xx, acompañaban la caracterización del imperialismo: relaciones con el capitalismo, rasgos determinantes, papeles recíprocos de la economía y la política, formas de competencia, y la aparición en los años 60, e incluso mucho antes —hasta el punto en que algunos le niegan toda originalidad— de un fenómeno que sería coextensivo al capitalismo. Ahora bien, seguramente el mercado mundial se confunde con el advenimiento de las relaciones capitalistas de producción. Marx y Engels ya lo subrayan en su *Manifiesto*. Marx retoma la idea en *El capital*. «La producción capitalista crea el mercado mundial» y su constitución es uno de los rasgos

específicos del capitalismo. En cuanto al predominio del capital financiero, se sabe que ya Marx había demostrado que «con el capital basado en el interés, la relación capitalista alcanza su forma más externa», o sea D-D', lo que llama «el fetiche autómatas», valor que se valoriza, dinero que engendra dinero. «El dinero adquiere así la propiedad de crear valor y de reportar interés de manera tan natural como el peral da peras»: «es la fetichización capitalista en su forma más brutal». Mientras que en todos los casos —¿es necesario recordarlo?— «la ganancia, a partir del capital productivo, estimula los beneficios del capital financiero». No obstante, la especificidad de ese nuevo imperialismo que es la mundialización no puede subestimarse, cualesquiera fuesen los matices que se aporten a su definición o a su periodización. Sin dudas, se manifiestan nuevamente aquí los rasgos que los primeros teóricos —Hobson, Hilferding, Lenin— ya han identificado, pero acentuados por la acelerada conjunción de tres fenómenos recientes: el predominio del capital financiero/especulativo, las revoluciones tecnológicas, sobre todo en la esfera de la información y la comunicación, y el desplome de los llamados países socialistas. Sin dudas, los flujos de capitales desempeñaron un papel desde principios del siglo xx; pero han llegado a provocar una integración sistémica que permite a los monopolios considerar el mundo como un campo global al servicio de sus intereses, relevados ahora por las instituciones internacionales bajo su control, que desempeñan entonces la función de un gobierno planetario (FMI, Banco Mundial, OMC, etc.). El fin de toda competencia entre «bloques» antagónicos, independientemente de su régimen y formas, deja por demás el campo libre a una única superpotencia, los Estados Unidos de América, cuya hegemonía se ejerce en todas las esferas —económica, militar estratégica, política, jurídica, científica, tecnológica, lingüística y cultural.

Dotados de una omnipotencia jamás alcanzada antes por ninguna nación, los Estados Unidos ocupan en lo adelante el lugar que antaño tuvo Gran Bretaña. Destacando el papel de esta última, Lenin anticipaba el traslado de poderes cuando, en 1915, ya observaba que los Estados Unidos, «el país de vanguardia del capitalismo moderno [...] en incontables relaciones, constituía el modelo y el ideal de nuestra civilización burguesa». Como en el antiguo reparto del mundo, no hubo nada que no fuera sometido a la repartición, con la diferencia de que los imperialismos que compiten, los de la tríada (los Estados Unidos, Europa y Japón) no tienen una relación de igualdad, sino más bien subalterna de mayores y menores —por ejemplo, la antigua potencia dominante no ocupaba más que una función subrogante, de completo vasallaje. Así,

El término «superior» en el título de la obra de Lenin, no debe interpretarse como «final» o «último» en un sentido ontológico; es decir, la fase tras la cual no cabe esperar otro desarrollo. Significa, simplemente, «contemporáneo» o «actual».

mundialización se confunde con norteamericanización o, más bien —disculpen el barbarismo— con estadounidense. En este capítulo de analogías complementarias, cuidémonos de no olvidar los aspectos políticos e ideológicos. Algunas breves observaciones bastarán, pues muchas cosas se han hecho evidentes desde la caída del Muro de Berlín, cuando el liberalismo cantaba una victoria cuyos días estaban contados.

En cuanto al primero, hay que considerar tres elementos:

- a) La «reacción» que con la justificación de constatar un retroceso de las prerrogativas estatales, pone al Estado al servicio de las necesidades de las multinacionales, ya se trate de privatizar, flexibilizar, financiar por constantes aligeramientos de cargas, y de proceder a los abandonos de soberanía necesarios a las concentraciones económicas (competitividad) y políticas (Unión Europea). La destrucción de los servicios públicos, el desmantelamiento del derecho al trabajo y la supresión de las autonomías culturales, de «la excepción francesa» a la «piltrafa» en materia de cine, son el precio consentido.
- b) El alineamiento de las socialdemocracias —y en fecha más reciente, de los partidos comunistas— con la gestión del capitalismo que, con el supuesto de preservar los «logros sociales», se dedican a buscar el consenso «ciudadano». Kautsky no hubiera podido dar crédito a sus ojos.
- c) La derrota, seguida por la descomposición del movimiento revolucionario (obrero, socialista), bajo el doble impacto de la mundialización y el desplome del «campo socialista», que ya ni siquiera parecen permitir una «escisión» ofensiva del socialismo, como en los años 1915 y 1916, sino más bien firmar el epitafio de una esperanza.

En cuanto al segundo, el ideológico, pone en primer plano no solo la «democracia» a secas, presentada como «modelo» en los países del Este europeo, y ya se sabe lo que estos hicieron con la democracia; y asimilada al mercado, sino el discurso del derecho —Estado de derecho, derechos humanos, Derecho internacional, recientemente complementado con el «derecho de injerencia», cuyo único objetivo es inculcar el reino de

la TINA (*There Is No Alternative*), la diosa thatcheriana de la sumisión a la fatalidad del neoliberalismo.

El reverso de la medalla, de hecho, no es otra cosa que su réplica con el nombre de abstencionismo político, repliegues religiosos y nacionalistas, afirmaciones identitarias y comunitarias, por no decir el ahondamiento cotidiano de desigualdades que no dejan fuera ninguna esfera, desde los ingresos hasta la educación y la salud.

Evidentemente, la envoltura tiene otro aspecto: el de la «feliz mundialización», como lo asegura un psicofante patentado, garantizando al menos de manera virtual (es la moda) el crecimiento para todos, el respeto a las diferencias, la promoción de lo social, el libre acceso a la información sin trabas en la «aldea global». A un punto tal, que algunos —de buena o mala fe— se han dedicado a pensar y hasta llegan a sostener, porque aún no ha ocurrido nada, que podría haber una opción entre mundialización buena y mala. Bastaría con inclinar el peso «en el sentido de lo bueno» y de «anclar a la izquierda» de los gobiernos, que después de todo, todavía no han tomado una decisión.

Entonces, ¿qué pasa en la actualidad? Tanto en el sentido del imperio, que ya era válido para Roma, como en el de «nuevo imperialismo» de nuestro siglo —principio, fin y continuación—, la lección parece clara. A todas luces, no es un Zbigniew Brzezinski —quien «arrima la brasa a su sardina», con la arrogancia del maestro— el que sostendrá lo contrario. Recojamos algunas joyas suyas, expuestas públicamente: «La derrota y la caída de la Unión Soviética propiciaron el rápido ascenso de los Estados Unidos como única y, de hecho, primera real potencia mundial»; «Norteamérica encarna en casi todas partes el futuro de una sociedad ejemplar que hay que imitar»; «en la terminología cruda de los imperios del pasado, los tres grandes imperativos geoestratégicos se resumirían de la siguiente manera: evitar la connivencia entre vasallos y mantenerlos en un estado de dependencia que justifica su seguridad; cultivar la docilidad de los súbditos protegidos; impedir a los bárbaros que formen alianzas ofensivas»; «regir la emergencia de nuevas potencias mundiales para que no pongan en peligro la supremacía norteamericana». «La ampliación de Europa y de la OTAN servirá a los objetivos, tanto a corto como a largo plazo, de la política norteamericana». Ahora bien, «la mundialización

[...] no es más que el vocablo encubridor del imperialismo», «la difusión no igualitaria del capitalismo a nivel planetario».

No solamente los especialistas, preocupados por analizar lo real de nuestro tiempo, no vacilan en recurrir al término imperialismo, sino que muchos hacen referencia expresa a las tesis leninistas. S. de Brunhoff y W. Andreff subrayan la actualidad de la ley del desarrollo desigual. D. Collin escribe:

El neoliberalismo no es la expresión de una revitalización del capitalismo de libre concurrencia del siglo precedente, es en primer término la teorización y legitimación de lo que hay que llamar realmente imperialismo en el sentido de Hilferding y de Lenin.

A. Catone, por su parte, señala: «todos los aspectos característicos del imperialismo que plantea Lenin han tenido un enorme desarrollo: los monopolios, los *cartels*, los *trusts*, se han vuelto megamonopólicos». ¿Nos repugna el «parasitismo»? «En cuanto al desarrollo tentacular de una oligarquía financiera ampliamente parasitaria no hay necesidad de leer al Lenin de *El imperialismo, fase superior del capitalismo* para convencerse de ello. El propio Georges Soros, especulador célebre, lo explica en sus obras». ¿Nos ofuscará la «putrefacción»?

Sin embargo, es evidente en los países «ricos en capital», declara G. de Bernis, donde se comprueba una desaceleración del proceso técnico y donde encontramos incontables rentistas que todavía están viviendo «recortando cupones», donde los «Estados acreedores» oprimen a los «Estados deudores»; y no es para asombrarse si las actuales manifestaciones de la «podredumbre» del capitalismo son más numerosas y profundas que las observadas por Lenin al terminar un período de estabilidad (relativa) del capitalismo. No quiero pasar por alto una alusión a nuestro hermoso país, Francia, cuando Lenin reproduce la siguiente fórmula de M. Sembat: «¡La historia financiera de la Francia contemporánea, si se va a escribir con franqueza, vendría a ser la historia de toda una serie de saqueos particulares que evocan el pillaje de una ciudad conquistada!». Desgraciadamente, conviene dar un paso más en esta caracterización y decir que la situación que engendró nuestro «nuevo imperialismo» es peor que la prevaleciente en los años 10 del siglo xx. Acabamos de verlo. Se podía entonces evocar una relativa estabilidad, que ya no cabe en la crisis actual, y que impidió a Lenin hablar de desempleo o de miseria masiva. Además, no solamente el fenómeno de las multinacionales no presentaba «la ubicuidad que ha adquirido ahora», sino más bien otros rasgos que se han acentuado y agravado considerablemente, ya se trate del Estado —cuyas funciones de regulación social no han cesado de disminuir—, del Estado-nación —que ya no es lo que

era a raíz de la Primera guerra mundial—, de las concentraciones y fusiones de empresas, de la circulación de capitales o del papel de las Bolsas.

Una lectura posible de actualización del texto de Lenin consistiría en sustituir los datos que ofrece por los nuestros. El resultado sería esclarecedor, referido a «la asfixia que ejercen los monopolios sobre todo lo que no se somete a su yugo», «las relaciones de dominación y la violencia que traen consigo [los monopolios]», las «combinaciones», los bancos, los complots del capital bancario con el capital industrial, las oligarquías financieras, las sociedades anónimas y la ilusión de su «democratización», la contaminación por el capital monopolista de la política y de las demás esferas, las exportaciones de capitales, la deuda, la carrera por el control de las materias primas, la dependencia de países independientes en principio, las rivalidades interimperialistas, el proyecto de los Estados Unidos de Europa, «el crecimiento de la inmigración hacia esos países [imperialistas], de obreros procedentes de los más atrasados donde los salarios son más bajos, o la defensa del imperialismo por “los sabios y publicistas burgueses”». A esto que habría que añadir que el cálculo en cifras de esos datos, según las estadísticas más oficiales, pondría de manifiesto desviaciones propiamente sorprendentes. Voy a poner un solo ejemplo relacionado con el capital especulativo en el centro, como se sabe, del «escenario globalizado»: tras el abandono de los acuerdos de Bretton Woods y el final del sistema monetario basado en el patrón oro, los 50 000 millones de euromonedas de 1969, que ya se habían considerado inquietantes, se convirtieron en 8 billones, o sea en «una parte pequeña de las finanzas mundiales». Si finalmente se tienen en cuenta elementos ignorados del antiguo «nuevo imperialismo», porque simplemente algunos no existían, al menos a semejante escala —como el peso de la deuda bajo el control de las instituciones monetarias internacionales, que conduce a la ruina de todo un continente (África)—, no veo nada sospechoso: la amenaza de los arsenales nucleares; los peligros que corre el medio ambiente; la escasez previsible de agua potable; la mercantilización generalizada, que se extiende a la venta de órganos y a la prostitución masiva de niños, no temeremos hablar de una verdadera «criminalización de la economía mundial».

El tráfico de drogas —otro elemento ignorado— está a la cabeza del comercio mundial. Los estupefacientes son la mercancía que genera mayores beneficios. Para empezar, no son únicamente las redes económicas que se establecen (tipo «paraíso artificial») e instituciones bancarias dedicadas al lavado de dinero. Es el conjunto, el sistema que está carcomido por dentro. Pese a sus protestas morales y a sus presuntas represiones

(destrucción de plantaciones), los países desarrollados, ricos y poderosos, protegen los circuitos que les proporcionan los mayores beneficios, incorporando legalmente el botín a las actividades más oficiales. El dinero llamado «sucio» ya no se distingue del «limpio». De marginal, la corrupción pasó a penetrar todos los engranajes rectores del cuerpo social y, sobre todo, de la política, que a aquella debe uno de los motivos principales de descrédito. Una última pregunta: ¿qué sucede con la relación que Lenin establece entre imperialismo y transición al socialismo? ¿Acaso no reside ahí la caducidad de toda la teoría, cuando por la historia sabemos, a ciencia cierta, que el proceso revolucionario iniciado en 1917 no solo no cumplió sus promesas, sino que se hundió con el sistema soviético en 1989, y cuando, por otra parte, el capitalismo, dando pruebas de una vitalidad insospechada, ha podido superar sus crisis y restablecer, con la globalización, un equilibrio tal que le permite confirmar su esencia con un dominio estratégico global sin parangón?

Sin embargo, el argumento no parece sustentarse, por una serie de razones estrechamente vinculadas entre sí. Evoquemos, en primer lugar, la notoria comprobación de que la mundialización es un proceso en curso, y que su carrera no solo no ha tocado a su fin, sino que resulta difícilmente previsible. En opinión general, se trata de un proceso contradictorio, sujeto a los efectos de las muy conocidas «sorpresas» de los mercados que tanto desorientan a los economistas, la «mano invisible» que hace, en resumidas cuentas, lo que se le antoja (de la crisis mexicana a la asiática y al *crack* del Nasdaq); y sujeta también no tanto a las rivalidades en el seno de la tríada, sino a lo que puede suceder con los países llamados «emergentes» —de Brasil a China. El propio Brzezinski no preconiza el reinado de la «nación indispensable», más allá de «una generación», y no descarta la posibilidad de que «esté empezando a tomar forma una verdadera situación prerrevolucionaria». Si bien, por otro lado, Lenin espera mucho de la socialización que el imperialismo acelere, en relación con el viejo capitalismo de competencia entre pequeñas y medianas entidades económicas; si espera, no sin duras luchas, la apertura de un período revolucionario en dirección a un conflicto mundial; si testimonia una debilidad, rectificadísima rápidamente, por la consigna política de los Estados Unidos de Europa, ello no podría atribuirse únicamente a determinada predisposición de su temperamento al optimismo, sino a la coyuntura que le tocó vivir, a la «situación concreta»

que fue la suya. Ahí radica la diferencia. Lenin era todavía un hombre de las Luces, más cercano a sus propios guías intelectuales de lo que estamos nosotros, testigos y herederos de un siglo de sangre, de masacre y de ruinas —cuyo preámbulo él solo pudo ver—, que apenas si nos atrevemos a llamar «modernidad», y que nos ha impuesto la renuncia a todas las formas de ineluctabilidad, aunque sean revolucionarias. No es menos cierto que ese pesimismo, si queremos llamarlo así, también se afina en un contexto. Es el reflejo de ese imperialismo de la desesperanza que es la mundialización, ya que por mucho que podamos discernir sus virtualidades positivas, la atención lúcida se encuentra confiscada por el extraordinario poder de lo negativo inherente al sistema. Pero precisamente por ello, el diagnóstico leninista, por una aparente paradoja, conserva su pertinencia, incluso en su conclusión alternativa. Porque de lo que se trata es de un sistema, y ese sistema —el capitalismo— sigue siendo el mismo en su naturaleza desde *El capital* hasta sus avatares imperialistas, los cuales, a través y al ritmo de los cambios considerables introducidos y que, de paso, han modificado nuestra manera de ver el mundo, no han hecho sino confirmarnos su nocividad, al punto de poner bajo el signo de la urgencia, realmente vital, la necesidad de cambiarlo. No hay que ir a buscar la novedad en otra parte. Es radical. Por muy deterioradas y desarticuladas que estén las fuerzas contestatarias, por razones coyunturales análogas, no por eso dejarán de cumplir la misma función. Recién se multiplican síntomas que hacen pensar que van a producirse, que se están operando convergencias cuyo programa seguramente no tenemos disponible, pero cuya finalidad es indiscutible. ¿Acaso no saldría ganando con ello la propia mundialización con la que todo internacionalista ha soñado? La sentencia de Rosa Luxemburgo, para quien el imperialismo tampoco tuvo secretos, nos llega como un puño en alto: el capitalismo no está en condiciones de realizar la mundialización porque primero lo devorarán sus contradicciones internas. Únicamente el socialismo puede lograrlo.

Traducción: Lourdes Arencibia Rodríguez.

© ~~TEIAS~~, 2003.